

de las hijas i por consiguiente la de las madres. En la verdad, circunstancia, no hai situacion en la del hombre adado no puede alcanzar la influencia de la madre. Ella es el centinela vijilante, el ángei tutelar. Dios confia la conservacion del niño desde el momento en que nace; que digo, desde el momento en que es concebido á la dulce influencia de la vijilancia i del amor de una tierna, cariñosa madre que lo recibe en su seno, que lo nutre con su leche i que está atenta siempre para volar solicitada a satisfacer sus primeras necesidades que sabe interpretar con admirable instinto. En los primeros atos de amor maternal, el alma de la madre se derrama, por decirlo así, toda entera en el hijo, para i virjinal aun, para inspirarle aquellos sentimientos de amor, i de ternura que mas tarde vienen como el abono indispensable, para que en ella germinen con provecho las preciosas semillas del bien i de la virtud que toda madre virtuosa debe apresurarse a sembrar en el tierno corazón de sus hijos. Esta es la primera escena de ellos conocen, esta la primera enseñanza que reciben de ellos los que pueden gozar por largo tiempo de tan tierna i amorosa enseñanza. Pero los diligentes cuidados de una madre no se limitan tan solo á aquella época de debilidad i impotencia del niño, en que se lo encuentra muchas veces, hasta en el silencio de la noche, entregado á las dulces visiones de su amor maternal, relando, siempre cerca de él, en su amor maternal, tranquilo, el caro objeto de sus cuidados; no, que su ojo vijilante lo sigue por todas partes para dirigir sus primeros pasos, para inspeccionar sus inocentes juegos i para sacarlo salvo de los peligros á que constantemente está espuesto su débil i delicado cuerpecillo. Mas tarde, cuando el hijo, en fuerza de las circunstancias, se que ausentarse de la vista de su amorosa madre; en consecuencia á la vista de su amorosa madre, siempre, entonces es que comienza para una amante madre, aquella época de inquietud i sobresalto en que su alma, de amor, comienza á sentir aquella amargura indelible que experimenta siempre todo corazón sensible cuando se aparta del objeto de sus delicias. Ella se queda dirigiendo al cielo fervorosas paces por el pronto i feliz regreso de su adorado hijo; i ya que no puede seguirlo con sus ojos, con su amoroso corazón que, en tales circunstancias, se desprendo de su pecho, lo acompaña á todas partes, se esfuerza hasta tener otra vez el inesfable consuelo de verlo estrechar entre sus brazos. Mas la época de mas amarga pena para una madre virtuosa, no es, ciertamente, aquella en que solo teme para su hijo los peligros corporales, es si esa época temible, sembrada de peligros inmensos, en que se comprometa la inocente alma de su hijo, esa preciosa joya cuyo depósito sagrado le confió Dios al concebirlo con el incomparable título de madre, la época de la infancia que entra á navegar en ese piélago inmenso, la juventud que entra á navegar en esa época de temibles siempre en débil i frágil navicilla que se ha de ver espabalar por furiosos i tremendos huracanes. En esta época de triunfos gloriosos para el que entra á combatir con las poderosas armas de la virtud i de la fe, es cuando el jóven se ve en su infancia recibió de una virtuosa madre que, en medio de la desecha tempestad en que lo ve envuelto, se presenta cariñosa i le dice: que solo la virtud, sola la verdadera virtud, puede conducirle al seguro puerto de recibir en sus brazos un jóven que ha tenido de una piadosa madre, i en sus primeros años las inspiraciones de una piadosa madre, que en medio de los combates morales que tiene que sostener puede invocar su dulce i májico nombre, hasta de parte de ella la mas lijera insinuacion, una simple amonestacion amorosa, para volverlo al sendero del deber i de la virtud cuando por la fragilidad humana se ha separado momentáneamente de él: i aun cuando por una desgracia lamentable el jóven sordo á los amorosos llamamientos de su amante madre, desprecie sus saludables consejos, á tal punto que su letéreo influjo de los plaaceres sensuales, á tal punto que su perdida parezca ya consumada; todavia, si, todavia queda una piadosa i súbdida madre, en medio de sus angustias, un poderoso recurso para volver á su hijo del letargo mortal en que lo ve sumergido, el de su desolado llanto; recurso es el de una virtuosa madre; por que es preciso que el hijo se convierta piadoso en un monstruo de perversidad para que pueda desoir el doloroso llanto de una madre, cuando ya se ha acompañado de ese secreto é irresistible encanto que le comunica siempre la virtud. Las piadosas lágrimas i los fervorosos ruegos de una buena bicieron del extraviado jóven, que quisiera una de las mas brillantes lumbreras del cristianismo, tan piadosa, tan inmensa es la bienhechora influencia que una virtuosa i cristiana madre puede ejercer en el corazón de sus hijos. Dichosos, pues, los que pasan los apasibles dias de su infancia bajo la amorosa proteccion de una madre que, comprendiendo los altos deberes de la maternidad sabe dirigir sus primeros pasos por el sendero del deber i de la virtud. Mil veces dichosos los que en su entrada en el mundo, en donde se les aguardan numerosos combates, pueden contar con los preciosos tesoros que en el corazón de una virtuosa madre. El recuerdo solo de sus virtudes es la mas segura salvaguardia para el jóven que desde su infancia ha cultivado en su corazón los nobles i generosos sentimientos que inspira siempre la práctica de la verdadera virtud. Si tal es, como me lo dice en este momento mi corazón la grande influencia moral que una madre puede ejercer en la educacion de sus hijos, congratulémonos por el fausto acontecimiento que hoy nos ha reunido en este recinto sagrado, i juremos con la sinceridad del verdadero patriota contribuir todos con nuestras débiles fuerzas á dar lustre i esplendor á un plantel de benéficos resultados serán, no lo dudemos, de invaluables para la moral i la civilizacion, i para la provincia de Antioquia en esta ciudad en particular i para la provincia de Antioquia en general uno de sus mas gloriosos timbres. Erijamos, en fin, en nuestros corazones un monumento de eterna gratitud á los generosos ciudadanos que con tan patriótico celo han trabajado por proporcionarnos el mas precioso don que legarse puede á la juventud antioqueña, el colegio de Santa Teresa de Jesus.

He dicho.

Discurso del Sr. Pro. Manuel Tirado Villa.

SOR. GOBERNADORA i SEÑORES. Despues de haber oido hablar, elocuente i dignamente, los ilustrados ciudadanos, que me han precedido, los cuales han considerado en sus diversas fases el importantísimo negocio de la educacion del bello sexo: de ese bello sexo digno de nuestra compasion, como de nuestras mas solícitas cuidados, i decididos conatos por mejorar su situacion. son como inherentes, cuando se cultiva; despues de todo, digo, nada me resta que añadir. Empero, destinado para inculcar en los tiernos corazones de esta hermosa juventud las sublimes máximas de la religion, que profesamos, de esa religion augusta, que es una emanacion de la divinidad, que descendió de los cielos á la tierra, para hacer nuestra felicidad en todos sentidos: de esa religion sublime que enseñándonos á conocer á Dios, i adorarle en espíritu; en verdad i por medio de un culto puro, magífico, é imponente, es el canal precioso, por donde se nos comunican los beneficios del cielo, el lazo divino, que une al hombre con su Dios, al ciclo con la tierra; de esa religion, en fin, tan conforme con nuestras tendencias, con nuestras necesidades, la única fuerza capaz de refrenar las pasiones, ilustrar el entendimiento, formar el corazón, i guiarlo en nuestro rumbo, como el faros eterno del porvenir. Dar lecciones de colocado en las tinieblas del porvenir. Dar lecciones de este importante ramo: he aquí el diploma de mi mision en este nuevo establecimiento literario. Como tal, está espuestion será mi programa, en ella emitiré las ideas, que siempre me han animado, i que serán ahora la norma de mis reas, como catedrático. Ya se verá, pues, que no se deberá aguardar de mí, en este momento, un discurso académico, científico sino una disertacion moral, en que consideraré brevemente, i sencillamente á la luz del evangelio la precisa obligacion religiosa, i moral las grandes, i positivas ventajas, que de ellas se reportan, i luego deduciré algunas consecuencias, que naturalmente se desprendan de los puntos propuestos. Por muchos siglos se ha disputado entre los teólogos, por qué el Eterno al dictar su inmutable, i divina lei, frecuentemente inculca el amor, de los hijos para con sus padres, sin cuidar advertir el silencio la encuentra un sabio con aquellos? La razon de este silencio la naturaleza grabado Padre de la Iglesia, en que habiendo la naturaleza grabado tan profunda, é indeleblemente en el corazón el amor de los padres para con sus hijos, era superfluo un nuevo mandato. Así como Licurgo en el código de sus leyes no estableció pena alguna contra el parricidio, por que juzgaba de todo punto imposible el que hubiese un monstruo tan feroz, i desnaturalizado, que se atreviese á atentarse contra la vida de aquellos de quien habia recibido su existencia; de igual suerte, aquellos de quien habia recibido el amor, i el deber, el Legislador divino se abstuvo de ordenar el amor, fuera conyugales del padre para con su hijo, por estar fuera de la esfera de las probabilidades el que hubiese padres tan desnaturalizados, tan enemigos de sus hijos, i de sus mismos que desdenasen el cumplimiento de un deber, que la naturaleza impone con tan elocuente.

6370